

TRIBUNA DE CASTILLA Y LEÓN

La gloria de don Yllán

JORGE DE ORTUZAR

ALGUIEN dijo, con sagacidad, que al Alcázar de Segovia lo empezaron los romanos y lo terminó Walt Disney: pues bajo su protectora y amenazante silueta vive José Antonio Abella, el autor de *La esfera de humo*, su última novela, la cual acabo de terminar de leer.

El libro está posado sobre mi mesa con la contraportada hacia arriba, y desde una fotografía tamaño carnet me mira (mejor dicho, me escudriña) el autor con su cara de roedor inquieto e inquietante. No sé porqué se me ocurre que una vez leido, este libro debe quedar con la contraportada hacia arriba. En casa tuve que pedir turno para leerlo, pues fue muy disputado.

Antes de conocer a Abella leí su anterior novela, *Yuda*. En una época en la que tuve que guardar reposo durante tres meses me la acercó mi amigo José Ángel Gómez de Caso, y la leí con entusiasmo, pues me atrajo tanto la forma como el contenido: esos capítulos escritos en ladino eran suaves y cálidos y contrastaban con la dureza de la historia que contaban: la expulsión de un grupo de segovianos judíos por parte de la mayoría cristiana. La Judería, el Matadero, el Clamores, el puente de la Estrella, el cementerio del Pinarillo; los ambientes donde sucedió la desgraciada historia me rodeaban cobrando vida en la escritura de Abella. Varias veces detuve la lectura de



aquel libro para mirar en su solapa la foto en la que el escritor aparece con sus dos hijos. Hice mía la historia del segoviano Yuda, porque a uno también le ha tocado en suerte la diáspora y la trashumancia (me gusta la palabra *trashumancia*, por lo que tiene de ir tras el humus: buscar la tierra fértil).

El conocimiento posterior que tuve de este hombre multidotado que es José Antonio Abella multiplicó las satisfacciones que me produjo la lectura de su novela: es de esas personas con las que al encontrarlas mi afecto hace tilín (por lo cual el lector debe ya darse cuenta que

este artículo no es de crítica literaria).

Hace tiempo que esperaba la publicación de este relato porque sabía de su gestación y del tiempo que el autor consagraba a su escritura. Y he aquí el libro, editado por Grijalbo-Mondadori: no me gusta la tapa ni el formato; no encuentro relación entre el texto y su continente, su estuche.

Y he aquí porqué comienzo con la referencia a la sombra del Alcázar sobre Abella: porque es un texto del cual la factoría Disney haría una gran película de dibujos animados. Aunque también pensé que hubiera sido un excelente guión

para una ópera bufa de Rossini. Y la tercera asociación que me provocó *La esfera de humo* fue con la novela *La gloria de don Ramiro*, de Enrique Larreta, la cual recrea también a Toledo, aunque no al de Alfonso el Sabio, sino al del emperador Carlos. Esa novela que leí a mis catorce años y que me metió en el mundo entre sórdido y sublime de la España intemporal, la que Machado cantó como nadie cuando dijo aquello del *espíritu burlón y el alma quieta*.

El universo de Abella/don Yllán tiene las infinitas direcciones de una esfera: Segovia/Toledo, esfera/bomba atómica, judíos/corte vaticana, nigromancia/científicos actuales, lluvia ácida/polución, seres mutantes/ingeniería genética, desarreglos hormonales/transexuados, siempre con la omnipresencia del gato, independiente y misterioso (como en Alicia). El autor logra quebrar las coordenadas cartesianas de espacio y tiempo, mete al lector en el túnel de su propia mente oscura y seduce.

De vez en cuando pone sentencia de sabiduría cabalística con displicencia, como si estuviese hablando del pronóstico del tiempo.

Y finalmente (porque hay que finalizar) *La esfera de humo* me recordó aquel aforismo de Rabindranath Tagore que dice: *Dios espera hasta que el hombre se hace niño nuevamente en la sabiduría*. Y esto es para mí la gloria de don Yllán.